

Título- No apaguen al Espíritu

Proposición- No apagamos al Espíritu cuando no menospreciamos las profecías, sino que las examinamos, reteniendo lo bueno y absteniéndonos de lo malo

Intro- Hoy en día hay cristianos que acusan a otros cristianos de apagar al Espíritu Santo- que han apagado al Espíritu Santo en sus vidas- o normalmente dicen, que lo han hecho en sus iglesias. Toman este versículo que leímos aquí, y dicen que aquellas iglesias- como la nuestra- que no creen en profecías, en lenguas, en el don de sanación, etc.- nosotros hemos apagado al Espíritu Santo- cosa que sería muy seria, por supuesto, si fuera la verdad, puesto que vemos aquí el mandamiento de Dios de no hacerlo- no apagar al Espíritu Santo.

¿Cómo podemos responder? ¿Es la verdad que hemos apagado al Espíritu Santo, puesto que no tenemos cultos con profecías y personas hablando en lenguas, porque no tenemos música tan movida, porque adoramos con reverencia y temor en vez de adorar con las emociones descontroladas, actuando conforme a cómo nos sentimos en el momento? Y si no es la verdad- si no hemos apagado al Espíritu- ¿cómo podemos defender lo que hacemos y lo que no hacemos, cuando alguien nos confronta con este versículo bíblico?

Pues, como siempre, necesitamos entender este versículo en su contexto. Una persona puede probar casi cualquier cosa, cualquier opinión o creencia, usando la Biblia, sacando los versículos fuera de su contexto. Lo que pasa aquí es que normalmente una persona usa esta frase- apagar al Espíritu- sin saber lo que significa en su contexto- simplemente lo cita, y después lo define conforme a sus propios pensamientos- lo que él o ella piensa que significa apagar al Espíritu Santo. Pero no podemos interpretar la Biblia así- no podemos tomar un versículo y hacerlo decir lo que queremos que diga. Cada versículo en la Biblia fue escrito con un contexto, y así con un propósito específico para su tiempo, y también con aplicación para todo tiempo.

Entonces, primero, recuerden el contexto de este libro, y de esta última sección del libro. Esta carta fue escrita a cierta iglesia local en cierto tiempo- y más específicamente, esta última parte del libro está enfocada en la iglesia local- en cómo vivir como iglesia, vivir cómo familia- la relación entre líderes y ovejas, entre hermanos en Cristo, y cómo deberíamos adorar a Dios cuando estamos juntos.

Es en este mismo contexto que Pablo escribe estos 4 versículos que están relacionados- relacionados primero con el tema de la iglesia local y sus reuniones- y también relacionados porque los versículos 19-22 hablan de un solo tema- cómo tratar con las profecías- el discernimiento necesario cuando una persona afirma tener o proclamar la Palabra de Dios- cómo deberíamos responder.

La sección empieza con el mandamiento de no apagar al Espíritu- que parece ser lo que une los demás versículos. Es decir, aprendemos aquí que no apagamos al Espíritu cuando no menospreciamos las profecías, sino que las examinamos, reteniendo lo bueno y absteniéndonos de lo malo. El enfoque del pasaje, entonces, es el discernimiento en cuanto a cómo recibir lo que personas dicen es la Palabra de Dios. No queremos rechazar todo, porque Dios ha hablado, y sigue hablando por medio de Su Palabra escrita.

Pero tampoco podemos ser ingenuos y recibir todo lo que una persona dice. Pablo aquí nos enseña que no apagamos al Espíritu cuando no menospreciamos las profecías, sino que las examinamos, reteniendo lo bueno y absteniéndonos de lo malo.

Ahora, aquí, Pablo usa el término profecías- entonces, antes de considerar este tema del discernimiento, tenemos que entender lo que esta palabra significa. ¿Qué es la profecía? Ante todo, en la Biblia, la profecía normalmente se refiere a una revelación directa de Dios. Un profeta era una persona quien recibió un mensaje directo de Dios y lo comunicó al pueblo- de manera oral o de manera escrita.

Definiendo la profecía así, podemos probar que ya no existe- que ya no hay profetas, en ese sentido, porque la revelación directa de Dios ya está completa en Su Palabra escrita. Pablo dice, en Efesios 2:20, que la iglesia es edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.” Los apóstoles y los profetas- aquellos que comunicaron la Palabra inspirada de Dios al pueblo- eran una parte esencial para la edificación de la iglesia- eran el fundamento- los cimientos de la iglesia. Como todos saben, en la construcción de un edificio, tienes que tener un fundamento- tienes que tener un cimiento firme, o el edificio se va a caer. Es lo mismo en la iglesia- los apóstoles y los profetas tenían su parte esencial. Pero fíjense que estoy usando el tiempo pasado para referirse a ellos- a los apóstoles y profetas- ¿por qué? Porque mientras el fundamento es esencial para la edificación de un edificio, es solamente puesto una vez- al principio. Cuando el fundamento ya está puesto, y la edificación avanza, no se ponen más cimientos. Así es en la iglesia también. Los apóstoles y profetas eran el fundamento- una parte esencial- pero ahora la edificación avanza con diferente material- ahora Dios está edificando Su iglesia con los maestros y los pastores y todos los demás que participan en la obra de la iglesia.

Entonces, por supuesto había profetas- y eran muy importantes en su momento en la historia de la iglesia. La iglesia necesitaba la profecía- la revelación directa de Dios- en parte, para que ahora tengamos nuestras Biblias. Sin duda, cuando Pablo escribió aquí a los tesalonicenses, se refería, en parte, a la profecía que estaba sucediendo en su iglesia local, de manera correcta. En ese tiempo todavía había apóstoles y profetas.

Pero también, en el Nuevo Testamento empezamos a ver la palabra profecía o profetizar usada de manera diferente- no para referirse a una revelación inspirada directamente de Dios, sino refiriéndose también a la explicación de la revelación inspirada de Dios. Entonces, también podemos pensar en la palabra profetizar, como en algunos contextos como I Corintios 14, y aquí también, refiriéndose a la predicación de la Palabra, o la explicación de la Palabra. Esta fue la interpretación de Calvino de este versículo 20 de nuestro pasaje- definió la profecía como “la interpretación de la Escritura aplicada a la presente necesidad.” Esto puede ser, especialmente porque la verdad es que la profecía, aun del Antiguo Testamento, también incluía la predicación del mensaje.

Entonces, cuando hablamos aquí del discernimiento en cuanto a las profecías, se refiere o a personas que dicen que han recibido una revelación directa de Dios- tenemos que saber cómo responder a esto- o también, cómo saber responder a alguien que nos dice lo que Dios quiere decir usando Su Palabra inspirada y escrita- predicando, o en conversación personal- una persona que quiere decirnos lo que Dios dice- lo que Dios quiere que entendamos de Su Palabra.

En los dos casos tenemos la misma responsabilidad- no menospreciar la profecía, si es real- no menospreciar la Palabra de Dios, la revelación de Dios, sino examinarla y retener lo que es bueno mientras nos abstenemos de lo que es malo.

Se necesita el discernimiento. No queremos ir a ninguno de estos dos extremos- ni ignorar todo porque no confiamos en nadie, en lo que nadie dice- pensando que Dios siempre nos va a revelar directa, personalmente, lo que necesitamos- pero tampoco queremos recibir todo sin discernimiento- aceptar todo lo que una persona dice es la Palabra de Dios para nosotros.

Entonces, aprendemos aquí que no apagamos al Espíritu- que es el mandamiento de Dios aquí- no apagamos al Espíritu cuando no menospreciamos las profecías, sino que las examinamos, reteniendo lo bueno y absteniéndonos de lo malo. Ahora, para nuestro estudio voy a cambiar el orden en el cual vamos a examinar este tema, empezando con lo que vemos en los versículos 21-22 [LEER].

I. No deberíamos recibir ninguna profecía sin pensar/sin discernimiento

No apagar al Espíritu es examinar todo para ver lo que realmente es la Palabra de Dios. Es no recibir todo, sino solamente lo bueno- no lo malo- solamente recibir lo que realmente es la Palabra de Dios, y así retener lo bueno y abstenerse de lo malo.

Esta palabra apagar normalmente fue usada en el contexto de apagar la luz o apagar el fuego. La idea con apagar al Espíritu no es necesariamente pensar en Él como luz o fuego- aunque es las dos cosas- sino la idea es reprimir Su obra. Obviamente, puesto que el Espíritu Santo es Dios, no significa que el ser humano puede resistir la obra de Dios- no significa que el Espíritu Santo quiere hacer algo y no puede por lo que hemos hecho o no hecho. Pero sabiendo que el Espíritu Santo obra por medio de la Palabra que Él inspiró, tiene sentido que la manera en la cual respondemos a las profecías- a la Palabra de Dios- afecta la obra del Espíritu en nuestras vidas.

Vemos en el versículo 21 una de las cosas que tenemos que hacer, para no apagar al Espíritu- dice, “examinadlo todo.” ¿Examinar qué? El contexto nos dice- las profecías, como leemos en el versículo 20. No deberíamos menospreciar las profecías- que es lo que vamos a ver en un momento- sino examinarlas. Examinarlas se refiere a pensar en lo que dicen- habla de probarlas- primero, si vienen de Dios, o si contienen errores- o si es la explicación correcta de la Palabra de Dios. Pablo habló en otro contexto del don del discernimiento de espíritus, en I Corintios- y el apóstol Juan escribió, en I Juan 4:1- “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.”

No creamos a todo espíritu- no creamos a cualquier persona que dice que tiene una palabra de Dios, que Dios le ha hablado. No, tenemos que examinar todo- probar todo, ponerlo a prueba- evaluar lo que se nos dicen. Esto es algo muy importante hoy en día, porque hay mucha tendencia- en ciertas iglesias, pero puede suceder en cualquier lugar- que alguien dice, “tengo una palabra de Dios para ti- Dios me dio una palabra para ti.” Primero, si no es de la Palabra escrita, sabemos que podemos rechazarla- la examinamos a la luz de las Escrituras y nos quedamos con la Palabra inspirada y suficiente. Y si la persona nos dice algo de la Palabra, también lo examinamos, para ver si es lo que el pasaje dice en su contexto.

Entonces, ¿cómo hacemos esto de discernir, de examinar las profecías? Como los hermanos en la iglesia en Berea, en el libro de Hechos- escudriñando las Escrituras, comparando lo que una persona ha dicho de Dios, lo que una persona ha dicho es la Palabra de Dios, con la misma Palabra de Dios.

También, en el mismo pasaje en donde Juan nos dice a probar los espíritus para ver si son de Dios, nos enseña cómo hacerlo- “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.” Tenemos que examinar las profecías basado en lo que dicen de Dios, de Cristo- quién es, y lo que ha hecho. Comparamos todo con el mensaje del evangelio- la salvación por pura gracia. También podemos probar el mensaje y el carácter del predicador o maestro- porque hay muchos falsos profetas. Mateo 7:15 dice, “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.”

Y cuando examinamos las profecías, primero tenemos que retener lo bueno. Si es la Palabra de Dios, la retenemos- la guardamos. Si es la explicación correcta, en su contexto, de la Palabra de Dios, entonces Dios está hablando, y tenemos que poner atención, hacer caso, y obedecer.

Por otro lado, dice el versículo 22, que tenemos que abstenernos de toda especie de mal. Ahora, recuerden por favor la importancia de leer la Palabra en su contexto. Pablo no está agregando un mandamiento aquí al azar que no tiene nada que ver con el tema. Este mandamiento también tiene que referirse al contexto. Porque sí, claro que deberíamos abstenernos de todo tipo de mal en todo sentido- en cada momento. Pero aquí se refiere específicamente a las profecías- es un contraste- retener lo bueno, y desechar lo malo- así como leemos en otras partes de la Palabra de Dios.

Habla aquí de toda especie de mal- que es, toda clase de mal, toda forma de mal. Y como digo, en el contexto, es toda la clase de mala profecía, o profecía incorrecta. Es separarnos de los falsos profetas y sus mensajes. Porque la palabra abstenerse aquí es la misma como en 4:3- el mandamiento de abstenernos de la fornicación. Es una separación completa- es cortar toda relación. Cuando ya tenemos el discernimiento de no aceptar todo lo que un pastor dice, cuando nos damos cuenta que no todo lo que se enseña en las iglesias es lo que dice la Palabra de Dios, tenemos que abstenernos de este tipo de mal- separarnos completamente. Claro que esto significa no quedarse en una iglesia así, en una iglesia en donde la Palabra no es predicada fielmente- pero también es no escuchar sus sermones en línea, ni leer sus libros- nada- para protegernos de la falsa doctrina. Entonces, aquí vemos que es el contraste- retener lo bueno, y desechar lo malo.

En el contexto de la iglesia en Tesalónica, aunque todavía había revelación directa de Dios, tenían que examinar cada profecía y estar seguro que era la Palabra de Dios- solamente reteniendo lo bueno. Había falsas profecías también- así como hoy en día. Hay personas que quieren decir que Dios les habla directamente, y por eso tenemos que poner atención- y aun si todavía existiera la profecía como en los días de la Biblia hoy en día, tampoco podríamos aceptar toda sin discernimiento. ¿Cuánto más ahora que sabemos que no hay nueva revelación para nosotros?

Pero aun así hay peligro, porque Satanás y sus siervos también toman la Palabra de Dios- la revelación inspirada- y la tuercen. Como vimos, muchos predicán la Biblia o citan de la Biblia, pero fuera del

contexto, y así enseñan herejías, o manipulan y tuercen la Palabra, y esto tenemos que rechazar. Tenemos que crecer siempre en nuestro discernimiento- poder distinguir lo que es verdadero de lo que es falso.

Y si vamos a probar, y discernir, y examinar, tenemos que conocer la verdad- tenemos que tener un conocimiento profundo de la Palabra. Porque si no conocemos la verdad, ¿cómo vamos a poder distinguir lo que es falso? Las personas que no pasan tiempo con Dios en Su Palabra- en privado, y en la iglesia- son aquellos que son fácilmente desviados- porque no tienen la base para poder discernir lo que es correcto y lo que es falso. Necesitamos la verdad para poder discernir la falsedad. Demasiados cristianos en muchas iglesias son fácilmente llevados por falsa doctrina, porque no tienen la disciplina de estudiar la Palabra por sí mismos- y por eso no pueden discernir cuando alguien viene enseñando la falsedad.

Entonces, claro que en la iglesia tenemos una responsabilidad de predicar la Palabra fielmente, porque esto también nos ayuda a poder conocer lo bueno y retenerlo y rechazar lo falso. Pero no es suficiente- porque hemos tenido a personas aquí, que asistían a la iglesia por años, y de repente fueron llevadas por falsa doctrina. No podemos decir exactamente por qué, porque no vemos el corazón. Pero creo que sí enfatiza que no es suficiente solamente venir aquí y escuchar el mensaje, sino que tenemos la responsabilidad de regresar a nuestras casas y estudiar la Palabra por nosotros mismos, para poder tener discernimiento- examinar las profecías, examinar lo que una persona dice es la Palabra de Dios.

Pero esto nos lleva a la otra parte de este pasaje- porque haciendo esto- estudiando por nosotros mismos y comparando todo con la Palabra- no significa que deberíamos empezar a menospreciar las profecías- menospreciar, por ejemplo, la enseñanza en la iglesia, simplemente porque podemos, y deberíamos, también estudiar por nosotros mismos en privado. No deberíamos empezar a desconfiar en nuestros pastores quienes estudian y predicar fielmente, conforme al contexto- ni pensar que siempre sabemos mejor, si no estamos de acuerdo con cierta interpretación. Hay un equilibrio correcto, que es lo que vemos en nuestro pasaje. No deberíamos recibir ninguna profecía sin examinarla, sin discernimiento. Pero la segunda manera, también, en la cual no apagamos al Espíritu, es no ignorar y menospreciar las profecías.

II. No deberíamos ignorar ni menospreciar las profecías

Ésta es la parte más positiva- no apagar al Espíritu es no menospreciar las profecías- y esto significa que tenemos hacer caso y poner atención a ellas. Porque la tendencia podría ser no querer aceptar nada que un pastor o una persona dice- no confiar en nada- no confiar en la enseñanza de nadie. Pero no tenemos este derecho tampoco- no deberíamos convertirnos en cínicos. Deberíamos reconocer que Dios sí ha dado a Su iglesia maestros, pastores, personas que Él ha preparado para predicar la Palabra de Dios.

Y cuando alguien predica la Palabra de Dios, en su contexto, con aplicación a la vida, la obediencia a tal predicación no es opcional. Como los puritanos decían, la predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios. Si Dios está hablando, no podemos menospreciar Su Palabra, no podemos ignorar lo que nos dice solamente porque viene por medio de un ser humano.

Entonces, vemos que es lo que dice el versículo 20- no menosprecien las profecías. Esto es mandamiento de Dios. Esto también es apagar al Espíritu- menospreciando Su Palabra- cuando Él habla, por medio de Sus siervos, y no ponemos atención, estamos menospreciando la Palabra de Dios. Cuando pensamos que es solamente la opinión del pastor cuando no nos gusta lo que dice, o no está de acuerdo con lo que siempre hemos creído, pues cuidado. Examinamos las profecías, sin duda- pero también queremos

ser enseñables- es decir, capaces de ser enseñados, aun cuando no nos gusta o es diferente de lo que hemos creído antes.

También podemos pensar en esto de manera muy práctica. Menospreciar las profecías es no estar cuando la Palabra es predicada. Menospreciar las profecías es no poner atención cuando la Palabra es predicada.

Menospreciar las profecías es tratar el culto de adoración como estar en el cine, parándonos en cualquier momento para salir y hacer otra cosa. Menospreciar las profecías es no entender la autoridad de la Palabra de Dios, no solamente cuando tú lo lees en privado, sino también cuando te es predicada en público.

Ahora, ¿qué tipo de predicación? Esta es una muy buena pregunta- una pregunta importante, conforme al resto del contexto- porque tenemos que examinar todo, sin duda. La predicación que no podemos menospreciar, que es Dios hablando con nosotros, es la predicación que explica el texto en su contexto y hace aplicación a la vida. Así intentamos siempre predicar en esta iglesia- y oremos que Dios nos siga sosteniendo para predicar así.

Entonces, que no apaguemos al Espíritu por medio de menospreciar Su Palabra. Y voy a ser honesto- también es posible apagar al pastor, al predicador, cuando los cristianos no valoran la predicación, cuando piensan que saben mejor, y no simplemente no obedecen o no hacen caso- porque piensan que saben mejor. Esto apaga al Espíritu, pero también al pastor. Y no es que necesariamente necesitamos que después de cada mensaje nos dicen “qué buen mensaje pastor, me convenció mucho.” Simplemente queremos ver los cambios que la Palabra de Dios hace cuando es aplicada a la vida. Esto es todo lo que necesitamos para ser animados- no tanto con palabras, sino con los cambios.

Porque tenemos que retener lo que es bueno, como ya vimos- cuando no menospreciamos las profecías, sino que las tomamos en serio, las retenemos- aprendemos de ellas, y las hacemos.

Aplicación- Apagar al Espíritu, entonces, no es rechazar el don de la profecía o las lenguas hoy en día- es recibir algo que uno dice es la Palabra de Dios sin discernimiento. Por eso, irónicamente, son los carismáticos que apagan al Espíritu Santo- porque no examinan las supuestas profecías de sus apóstoles o profetas, sino que aceptan todo sin pensar. Esto es apagar al Espíritu, conforme a este texto en su contexto.

Pero que no nos enfoquemos en las iglesias carismáticas solamente y lo que está mal con ellas- necesitamos aplicación para nuestras propias vidas y para nuestra iglesia. También apagamos al Espíritu cuando menospreciamos las profecías verdaderas- la Palabra de Dios escrita predicada- cuando no hacemos ningunos cambios, cuando en la vida práctica ignoramos lo que decimos que creemos. Aquí decimos que creemos en la predicación expositiva, la predicación en el contexto con aplicación para la vida. Pero ¿hacemos caso a ella? ¿Somos hacedores de la Palabra o solamente oidores? Cuando no obedecemos lo que somos mandados a hacer, esto apaga al Espíritu, porque estamos menospreciamos las profecías. O a veces, simplemente, menospreciamos las profecías, menospreciamos la Palabra de Dios escrita, porque no la leemos- porque no hacemos la predicación y enseñanza de la Palabra una prioridad en nuestras vidas- en la semana- los domingos. Esto también es menospreciar las profecías, y apagar al Espíritu Santo.

Entonces, que pensemos de manera muy directa en cuanto a nuestras vidas. ¿Es parte del problema que tenemos con la vida el hecho de que hemos apagado al Espíritu Santo? ¿Menospreciamos las profecías- la

Palabra de Dios? Esto puede explicar muchos de los problemas que tenemos. ¿Tenemos el discernimiento para evitar caer en falsa doctrina porque estudiamos la Palabra, porque entendemos lo que dice y por eso no podemos ser engañados? ¿O somos fácilmente llevados por cualquier cosa que diga un predicador en línea, o una publicación en Facebook, simplemente porque no pasamos suficiente tiempo en la Palabra para discernir lo que es bueno y lo que es malo?

¿O puede ser que, como iglesia local, a veces sí somos culpables de apagar al Espíritu Santo, no porque no creemos en sueños y visiones y otras cosas que no son la manera en la cual obra el Espíritu ahora, sino porque no siempre hacemos caso a la Palabra predicada, porque no es una prioridad? ¿Hemos apagado al Espíritu aquí en esta iglesia?

Obviamente queremos pensar que la respuesta es no. Obviamente, cuando alguien nos ataca con esto, porque nuestra adoración es reverente y reformada y bíblica, nos ponemos a la defensiva y decimos que no, claro que no. Y repito, no lo hemos hecho conforme a lo que otros piensan. Aquellos que reciben la palabra del hombre como si fuera la Palabra de Dios, sin discernimiento, siendo engañados solamente porque no tienen el conocimiento de la Palabra para poder saber lo que es correcto y lo que es falso, son aquellos que apagan al Espíritu.

Pero también nosotros, quienes tenemos el gran privilegio de saber no solamente lo que es la sana doctrina, y la predicación expositiva de la Palabra, sino también de entender lo que significa adorar a Dios en temor y reverencia, en espíritu y en verdad, podemos caer en el pecado de apagar al Espíritu. Podemos examinar todo, para no caer en error- pero si menospreciamos la Palabra de Dios, por no obedecerla, también hemos apagado al Espíritu Santo- que es la última cosa en el mundo que queremos hacer como cristianos, y como iglesia cristiana.

Conclusión- Entonces, que tengamos el discernimiento para no ser engañados por los falsos maestros y los falsos profetas- que no aceptemos todo lo que una persona dice sin compararlo con la Palabra de Dios y discernir si viene de Dios o no. Porque sí hay personas así- en iglesias, o con una audiencia en línea- desvían a la gente de la verdad, trastornan la fe de algunos, así como Pablo escribió a Timoteo. No queremos que esto suceda aquí- no queremos ver a nadie siguiendo lo que es falso simplemente porque no tiene el discernimiento ni el conocimiento adecuado de la Palabra.

Pero también que no menospreciemos la Palabra cuando es predicada- no perfectamente, pero fielmente- cuando escuchamos la Palabra explicada en su contexto, en la iglesia, ante todo- que la hagamos caso- que obedezcamos- que vivamos conforme a lo que Dios nos ha dicho, y lo que sigue enseñándonos.

Que examinemos todo lo que afirma ser la Palabra de Dios, reteniendo lo bueno y rechazando lo malo, no menospreciando las profecías, para no apagar al Espíritu Santo, ni en nuestras vidas, ni en nuestra iglesia.